

El legado de Bell Hooks: estética oposicional y ética del amor

Eugenia Fraga -*euge.fraga@hotmail.com*

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Recibido: 19-04-2022

Aprobado: 29-11-2022

Resumen: En este trabajo rastreamos las contribuciones de la recientemente fallecida autora Bell Hooks a dos temas de interés: el arte y el amor, así como sus conexiones, en dos de sus libros más importantes, *Arte en mi cabeza* de 1995 y *Todo sobre el amor* de 2000. De este trabajo con los textos emergerá por un lado una sistematización de las fuentes teóricas del pensamiento hooksiano -el feminismo y la teoría crítica, el budismo y la teología afroamericana-, y por otro el delineamiento de dos conceptos que pueden resultar altamente fructíferos para las ciencias sociales actuales -la estética oposicional y la ética del amor-.

Palabras clave: Bell Hooks; arte; amor; teoría crítica

Abstract: In this work we delve into the contributions of the recently deceased author Bell Hooks to two topics of interest: art and love, and their connections, in two of her most important books, 1995's *Art on my mind*, and 2000's *All about love*. From this work with the texts, there will emerge, on the one side, a sistematization of the theoretical sources of hooksian thought -feminism and critical theory, buddhism and african-american theology-, and, on the other, the outlining of two concepts that can turn out to be highly fruitful for contemporary social sciences -oppositional aesthetic and love ethic-.

Key words: Bell Hooks; art; love; critical theory

Introducción

Hace pocos días¹ falleció una pensadora tan importante como insuficientemente reconocida en nuestro medio. Bell Hooks² nació hace 69 años en el seno de una familia afrodescendiente en un pueblo del sur segregado de Estados Unidos. A pesar de su difícil origen y de los obstáculos sociales que hubo desde pequeña en su camino, logró abrirse paso entre la maleza, acceder a la universidad para estudiar y luego para dar clases, y conseguir cierto renombre como crítica cultural e incluso como artista. *Mujer de color* y *de clase popular*, los escritos de Hooks siempre fueron concientes y reflexivos sobre la centralidad de las dimensiones de género, de raza y de clase para la vida social de los sujetos humanos. De hecho, es justamente sobre este carácter que hoy llamamos “interseccional” de las distintas dimensiones de la desigualdad social, sobre el cual versaron muchas de sus páginas, y es entonces también sobre la contribución de Hooks en estos ámbitos donde el mundo académico suele encontrar sus mayores aportes.

En este trabajo, que pretende ser a la vez un homenaje y un estudio teórico-conceptual, vamos a concentrarnos, en cambio, en algunos tópicos diferentes. Si bien Hooks les dedicó gran interés y preocupación, no suelen ser los más tenidos en cuenta por la bibliografía secundaria al analizar su obra, y de allí la importancia de rescatarlos. Así, nos gustaría focalizarnos en las contribuciones de la autora acerca del “arte” y del “amor”³. Por un lado, Hooks supo desde joven que quería ser artista, por lo cual fue pasando, a lo largo de su vida, entre la pintura y la poesía, principalmente. Por otro lado, respecto del amor, muchas fueron las fuentes que nutrieron su mirada singular sobre el mismo, desde la cultura *soul* afroamericana, hasta el budismo, pasando por la teología católica y el feminismo. A continuación, intentaremos sistematizar todos estos elementos filosóficos para arribar a una versión destilada de la propuesta existencial de Bell Hooks, la cual combina la “estética oposicional” con la “ética del amor”.

Antes de empezar, sin embargo, quizás valgan algunas aclaraciones. Decimos

¹ Este texto fue escrito, en su primera versión, durante diciembre de 2021.

² Bell Hooks -en realidad bell hooks, en minúscula- era su pseudónimo; su nombre de nacimiento era Gloria Jean Watkins. A lo largo del texto optamos por utilizar las mayúsculas, siguiendo los criterios usuales para los nombres propios.

³ Las excepciones en la literatura que sí analizaron estos dos tópicos en la obra de Hooks son Johnson, 1995; Farris, 1996; Ahmed, 2018; Winchester, 2000 y Petry y Silva, 2021 -sobre el arte-, y Edelstein, 2009; Glass, 2009; Monahan, 2011; Ferrarese, 2012; Ross, 2014; Vishnu, 2016; Freire, 2020; Biana, 2021; Sanches, 2021; Silva, 2021 -sobre el amor-.

que haremos un “estudio teórico-conceptual”, pues no nos ocuparemos de contar el argumento de los libros de la autora, ni siquiera de describir los elementos principales de su perspectiva en general: en otras palabras, esta no pretende ser una simple “reseña” o resumen. Como notará cualquier persona que lea los dos libros aquí tratados con mayor profundidad, muchas de las conexiones teóricas que intentaremos demostrar -entre conceptos de Hooks y conceptos de otros pensadores- no aparecen explicitadas ni en su propia voz escrita, ni en la bibliografía secundaria existente sobre su obra. Pero es justamente en el establecimiento de esas conexiones donde radica la contribución que esperamos compartir con los lectores. Es en el trazado de unos vínculos creativos e inesperados -pero no por ello menos rigurosos- en donde emerge nuestra lectura particular de esta escritora, y en donde creemos se aloja su herencia -siempre contestataria- en nuestro homenaje. Así, para ser más precisos, a lo largo del ensayo señalaremos dos tipos de vinculaciones entre el pensamiento hooksiano y otras perspectivas: a) las que ella misma explicita, principalmente con teorías cristianas, budistas, feministas y psicológicas -con Tillich, Butterworth, Nouwen, Foster, Merton, King, West, Hanh, Kornfield, Salzberg, Jung, Welwood, Peck, Kübler-Ross, Miller, Lydon, Barrett Browning, Stoltenberg y Fromm-, y b), las que ella no afirma en ningún lado, pero que creemos encontrar productivas, y que son especialmente de orden filosófico, sociológico y estético -con Marcuse, Wright Mills, Benjamin, Simmel, Mignolo, Adorno, Honneth, Bauman, Freud, Kristeva, Ricoeur-. Como evidencia esta última lista, nuestra operación de lectura tiene que ver con inscribir a Bell Hooks dentro de la teoría crítica en las ciencias sociales y humanas -entendida la teoría crítica, ella también, en un sentido amplio y no limitado a una sola tradición-. Es en el marco de esta operación de inscripción -que es un intento de ensanchamiento de un *canon*-, que introducimos los dos conceptos nodales de este artículo: la estética oposicional y la ética del amor, a los que nos ocupamos de sistematizar y de atar entre sí -cosa que tampoco aparecía en los propios libros de la autora, aunque sí las herramientas para hacerlo-.

El arte según Hooks

Especialmente desde mediados de la década del noventa, Hooks se dedicó a reflexionar sobre el arte, en paralelo a su propia práctica como artista mayormente *amateur*. En *Raza, sexo y clase en el cine*, de 1996, por ejemplo, dedica cada capítulo

del libro al análisis crítico de alguna película hollywoodense, develando los modos en que los estereotipos sobre las mujeres, los negros o los pobres -aunque también sobre los asiáticos, indios o latinos, los extranjeros, los homosexuales, etc.- se producen y reproducen en las pantallas de todo el mundo. Y con ello, los *clichés* sobre la belleza, la sexualidad, el poder, la familia, por sólo nombrar algunas esferas vitales.

Luego, ya en 2012, se publica *Poesía y lugar*, una compilación de poemas de Hooks, acompañados por un extenso ensayo en donde la autora sienta las bases de su propia perspectiva sobre el arte lírico y el verso. Aquí, la premisa principal es la afirmación de que en la escritura puede rastrearse siempre, más o menos explícitamente, la huella de una conexión íntima con el lugar de origen del sujeto que escribe, con el espacio que lo rodea en el presente, con las locaciones que le resultan significativas. Así, Hooks rotula a su libro de poesía como una *Elegía apalache*, en relación a esa geografía montañosa tan especial del territorio norteamericano.

Pero es *Arte en mi cabeza*, de 1995, el libro donde encontramos la mayor cantidad, variedad y profundidad de los aportes teórico-conceptuales de Hooks respecto del arte. A partir del análisis de la obra pictórica y escultórica de una serie de artistas visuales estadounidenses de mayor o menor fama, y haciendo especial hincapié en la recuperación de la obra de artistas marginales como mujeres, personas de color o *gay*, nuestra pensadora va tejiendo una serie de conceptos de sumo interés para dar forma a una política visual crítica y alternativa para las sociedades contemporáneas.

Desde sus primeros contactos con el arte de pequeña, en las clases de plástica de la escuela, sintió que el arte era un “mundo libre y de color donde todo era posible”. En lenguaje adulto, consideraba que el arte era aquel espacio donde “todo límite impuesto podía ser transgredido”, permitiendo la “expansión de cualquier terreno enclaustrado”. Hacer arte, entonces, era realizar nada menos que una “intervención crítica” sobre el mundo social. Producir y consumir obras de arte siempre le daba “esperanzas”, cada vez que las imágenes “renovaban su espíritu”, especialmente en momentos difíciles. Porque se fue dando cuenta de que el “poder transformador del arte” radicaba, en el fondo, en su “capacidad creativa”: en la posibilidad del arte de inventar cosas nuevas, ideas nuevas, sentimientos nuevos. Pero a medida que fue creciendo, Hooks fue cayendo en la cuenta de que la capacidad transformadora del

arte sólo podía volverse efectiva si se operaba primero, a nivel generalizado en la sociedad, una “descolonización de la imaginación” hegemónica. En otras palabras, los “regímenes visuales” dominantes requerían, y requieren cada vez, de una verdadera “revolución en la visión” (Hooks 1995: XI-XVI).

El arte puede ser una herramienta de “desfamiliarización”: puede facilitarnos “mirar” y “ver” lo que nos rodea de un modo diferente al acostumbrado, al habitual. Uno de los modos de revolucionar nuestra visión y nuestra mirada es reemplazar la producción y la circulación privadas del arte por la creación colectiva y el compartir público del arte. Las formas estéticas pueden incluso llegar tan lejos como “nutrir nuestro espíritu”, en la medida en que, al proveer pistas para “repensar” el mundo, ayuden al mismo tiempo a “curar las heridas”, físicas o psíquicas, infligidas en las personas y los grupos por parte de las “fuerzas de la dominación imperialistas, racistas, clasistas y sexistas”. En esta dirección, resulta especialmente fructífero el “arte no-representacional”, o no figurativo (p. 4-6). Aquellas imágenes en las que no queda claro qué porción del mundo está siendo representada, dan mayor lugar a que el espectador se abstraiga de lo dado, se separe de lo impuesto, y lo reinterprete imaginativamente⁴. Este tipo de arte, justamente, constituye entonces un ámbito donde pueden ocurrir “actos de trascendencia” con distintos grados de “impacto transformativo”. Por esto, el arte ocupa un lugar central en cualquier “lucha por la libertad”, pues puede proporcionarnos la experiencia de “vivir como sujetos libres en un mundo no-libre” (p. 8-9).

La “imaginación” es la vía para entrar en aquellos “mundos que no hemos experimentado” aunque podemos intuir como valorables⁵. En efecto, “soñar” es una parte importante del “proceso creativo” (p. 22-23). En este sentido, resalta especialmente el llamado “arte primitivo”, y también el “arte *folk*”, es decir, aquellas expresiones artísticas de las culturas humanas más ancestrales y de todas aquellas culturas menos permeadas por la modernidad occidental capitalista, pues en ellas se

⁴ Esta idea es congruente con aquella que, a finales de los setenta, Herbert Marcuse (1978) defendía en su libro *La dimensión estética*. Allí, en efecto, afirma que el elemento crítico del arte radica en su forma -esto es, en su estilización estética del mundo-, mucho más que en su contenido -esto es, en la porción de la realidad representada-. Mientras que el contenido muchas veces reproduce el mundo dado, la forma es el momento de la distorsión, de la innovación, de la creatividad, o, como diría Marcuse, de la “mímesis crítica”.

⁵ Esta afirmación coincide con la propuesta que, a finales de los cincuenta, Charles Wright Mills (1961) desarrollaba en *La imaginación sociológica*. En aquel afamado libro, defendía la idea de que la imaginación es la capacidad humana fundamental a la hora tanto de comprender mejor el mundo social, como de explicar sus mecanismos ocultos, como de transformarlo. Así, la imaginación es el punto donde se unen arte, ciencia y política.

encuentra, más que en ningún otro estilo estético, este “espíritu de juego” (p. 31). Para que el arte pueda realmente influenciar la vida de las personas, una obra debe “movernos”, “tocarnos”. Las obras que más marcas dejan en nuestra memoria son aquellas que permanecen porque, al observarlas, fuimos “transportados” a otro lugar, a otro tiempo, a otra realidad: por un momento, sentimos como si “volvimos a nacer” en un mundo alternativo (p. 35). Y este tipo de vivencias sólo son capaces de producirlas aquellas obras más imaginativas, más soñadoras, más lúdicas.

La imaginación puede ser el vehículo para visualizar un mundo mejor, que, en el caso de Hooks, tiene la forma concreta de un “mundo de solidaridades colectivas que logren alterar el *status quo*” (p. 46). Para alcanzar algo así, es preciso tener presente un concepto de “belleza” muy particular: esta belleza tiene una “función subversiva”, la función de “sustentar la vida”, y es en este sentido universal -y no en un sentido culturalmente sesgado- que puede decirse que la belleza es una “fuerza vital”. Para que una obra de arte presente este tipo de belleza, debe ser un tipo de arte que “dé la bienvenida” a su audiencia, que invite a la presencia del público, que invite al espectador a participar de él. Cuanto más un sujeto puede volverse parte activa de la obra, más difícil será para él “escapar de la verdad que ha visto” a través suyo (p. 49-50). La verdad de una obra de arte refiere a esa capacidad trascendental, que Hooks también denomina “aura”, y a la que define como la capacidad de la obra de “traer a la vida una visión de posibilidad”, o incluso, de “resucitar” las esperanzas que hemos perdido de un mundo diferente⁶. La belleza de una obra de arte, entonces, radica en su capacidad de generar una “unión” -entre el artista y el espectador, entre el individuo y la colectividad, entre distintas culturas, entre el ser humano y el mundo natural, entre lo real y lo posible, etc.-. La belleza no remite a parámetros tradicionales o impuestos de algún u otro modo, sino, por el contrario, a los “momentos de revolución y transformación”. Una “belleza subversiva” es aquella que nos invita a hacer de nuestra vida entera el “espacio donde la belleza se manifieste”⁷ (p. 52-53).

⁶ El concepto de aura para analizar el arte es heredero de las reflexiones de la década del treinta de Walter Benjamin (2003). En el ensayo *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* distingue entre las obras de arte típicas de la antigüedad y las típicas de la modernidad. Mientras las primeras eran “auráticas”, esto es, conservaban un halo sagrado gracias a su carácter único e irrepetible, las segundas son, en cambio, productos repetibles de manera serial gracias a las tecnologías productivas, convirtiendo al arte, en el extremo, en la fabricación alienada de objetos mercantiles.

⁷ La relación entre arte y totalidad fue marcada ya a finales del siglo diecinueve por Georg Simmel (1950; 2007). En ensayos como *Rembrandt o Roma, Florencia, Venecia*, señala que lo que distingue a la “mirada estética” sobre las

Las imágenes tienen entonces un poder: el “poder de enlazar”, atar o unir, y también el “poder de devolver”, de dar o de volver a obtener algo perdido. Ciertas imágenes pueden anudar lo que se creía separado u olvidado, sea una relación entre personas, sea un sentimiento o emoción, una idea o ideología, una convicción o fuerza de voluntad, un recuerdo o proyecto, etc. Hooks, por ejemplo, relata cómo una fotografía le devolvía la imagen de su yo ideal, de sus deseos personales, o de un objeto de amor. Pero este poder de unión no se contrapone, sino que es parte de, aquella “estética oposicional” que la autora promueve. Una estética oposicional estaría constituida por un “mundo de imágenes contrahegemónicas” que representarían la “resistencia visual” a las imágenes dominantes en una sociedad dada (p. 56-58). Es que los individuos y grupos dominados, subalternos, oprimidos, también lo son en un sentido visual, en función de las imágenes negativas que la sociedad presenta de ellos, y en función de su diferencia respecto de las imágenes que la sociedad presenta como positivas. Entonces, un modo importante de recuperar la capacidad de estos individuos o grupos de “tallar su propio destino”, es a través de la ideación, producción y circulación de imágenes alternativas sobre sí mismos y sobre el mundo en general. Imágenes que “demanden” ser vistas, y ver en derredor con “ojos nuevos”, creando así “estándares de evaluación oposicionales” respecto de los hegemónicos (p. 60-61).

Las imágenes pueden ser concebidas como “mapas que nos guían a través de viajes diversos”. En efecto, ellas pueden transportarnos a épocas y lugares, pueden contar historias pasadas o presentes, o relatar posibles futuros, señalando ciertos caminos para volver a ellos o alcanzarlos finalmente. Gracias a esto, las imágenes también nos pueden ayudar a construir “identidades radicales”, es decir, identidades que, en mayor o menor medida, permitan ir trascendiendo “los límites del ojo colonizador”, el ojo de la sociedad moderna siempre ávido de asimilar lo diferente y de apropiarse de lo ajeno⁸ (p. 63-64). La obra de arte perfecta en este sentido sería aquella que nos brindara la “visión de viajar en búsqueda de la libertad [...] y la

diversas “formas de vida”, respecto de otro tipo de miradas posibles, es, precisamente, su vocación de captar la totalidad estilística de los fenómenos y procesos, de los individuos y grupos, en su fugacidad y permanencia, en su cercanía y su distancia, en su gran o pequeño número, en su forma unitaria a pesar de la heterogeneidad inherente al mundo.

⁸ Vemos aquí un posible e interesante diálogo con la mirada de Walter Mignolo (2003), quien en libros recientes como *El lado oscuro del renacimiento* mostró no sólo la íntima conexión entre la cultura moderna y la violencia colonizadora, sino también, la importancia de todo tipo de mapas, ya sea para que grupos poderosos se impongan sobre otros, como para que los grupos dominados puedan ejercer una resistencia que le permita a su cultura sobrevivir.

realización". Sería aquella que "creara un mundo imaginario [...] presente aunque lejano, a la vez real y mítico"⁹ (p. 70-71). En otras palabras, la que mostrara las alternativas superadoras y posibles a lo dado.

Las "imágenes contrahegemónicas" deberían poder "resistir los estereotipos" sociales al "desafiar la imaginación artística". Serían, sin duda, imágenes "provocadoras" o "provocativas", y su "seducción" provendría de la "frescura" de su visión. Permitirían "articular" las "añoranzas" que intuimos pero que quizás nos cuesta enunciar o sistematizar. Nos "interrogarían", obligándonos a "mirar de nuevo", a mirar mejor, a "mirar más de cerca", con más atención, lo que creemos que ya vemos o sabemos, pero también, a mirar aquello que no se deja ver, o que nunca hemos visto, para luego "dar testimonio" de su posibilidad. Serían imágenes de "revuelta", de "intervención", de "rescate" y de "recuperación". Para Hooks, la práctica de la libertad en la vida cotidiana, y todo acto liberador, "comienza por la voluntad de imaginar" (p. 96-97). Y es a través de aquel tipo de imágenes que "habla el conocimiento subyugado, reescribiendo la historia" (p. 100).

Hooks parte del "principio básico de que los objetos hermosos realzan la vida". Las flores regadas, las colchas bordadas, los trastos restaurados, sea por uno mismo o por otra persona, no sólo "decoran nuestro espacio vital" en un sentido superficial, sino que nos rodean de un tipo de belleza e incluso de "riqueza" o abundancia diametralmente opuesto al del "materialismo excesivo" típico de la sociedad de consumo. Se arraigan en una cosmovisión en donde la belleza puede "ponerse al descubierto" o "mostrarse desnuda" como el producto de una labor de "cuidado" que genera "espacios sagrados" en la vida cotidiana y accesibles a cualquiera, espacios que "levantan el ánimo" y "mueven el espíritu" por la creación y presencia de esos objetos hermosos. Se trata de una "belleza curativa", de una "sensibilidad estética redentiva". Pero esto no es nada inocente: este tipo de belleza cotidiana y democrática permite "balancear el deseo de belleza con una agenda anticapitalista". En vez de "resignar nuestra pasión por lo hermoso", podemos idear otros modos de realizar dicha pasión "que no refuercen las estructuras de dominación", o que incluso ayuden a debilitarlas. Algunas formas de hacerlo son el compartir objetos que consideramos preciados,

⁹ También Theodor Adorno (2004) propuso, en su libro de principios de los setenta titulado *Teoría estética*, una vinculación necesaria entre el arte y la crítica social por la vía de la trascendencia de lo real a partir de lo potencial representado en la obra pictórica, literaria o musical.

mediante el “regalo”, la “donación” o el “trueque”. En todos estos casos estamos poniendo a circular productos sin caer en un “consumismo hedonista, privatizado y egoísta” (p. 119-123). Como nos recuerda nuestra autora, es preciso otorgar un lugar especial a la belleza en cualquier “lucha revolucionaria”. Y qué forma más bella de recuperar, recobrar o curar que mediante el “color”, con su poder transformador sobre nuestros estados de ánimo (p. 196).

El amor según Hooks, parte I

Además de escribir sobre el arte, Hooks escribió largo y tendido sobre el cuerpo. En realidad, dedicó tantos libros a esta última temática que bien vale clasificarlos en una serie de cuatro subtemas interrelacionados. Así, dedicó libros a las representaciones culturales del cuerpo y la mirada de la sociedad sobre el mismo; a la cuestión de las corporalidades disidentes y específicamente “negras” en el contexto del “supremacismo blanco”; al estudio de las corporalidades de mujeres y de varones, a la femineidad y la masculinidad; y finalmente a ciertas emociones arraigadas corporalmente como la amistad y muy especialmente el amor¹⁰. De estos más de diez libros salen una serie de conceptos poderosos, como el de una “cultura proscrita” de “representaciones de resistencia”; la noción de una interpenetración entre la carne -los huesos, la piel- y el alma -la mirada, la voluntad-; y la interconexión entre categorías filosóficas de peso como la “justicia”, la “salvación” y la “comunidad”. En particular, respecto del tema del amor, que es el que desplegaremos a continuación, aparecen en estos libros palabras interesantísimas como la del “amor infantil” o el “amor casero”, y también la “sororidad”, hoy tan en boga. Pero estas y muchas más nociones se desarrollan en su forma más profunda y acabada en el ensayo *Todo sobre el amor*¹¹, del

¹⁰ Los libros en cuestión son, en orden cronológico de publicación: *Miradas negras: raza y representación* (Hooks, 1992); *Cultura proscrita: resistiendo las representaciones* (1994); *Huesos negros: memorias de una niña* (1996b); *Justicia: lecciones de amor de la infancia* (2000); *Salvación: el pueblo negro y el amor* (2001); *Comunidad: la búsqueda femenina del amor* (2002a); *Amor casero* (2002b); *La voluntad de cambiar: hombres, masculinidad y amor* (2003); *De nuevo, la piel* (2004); y *Hermana del alma: mujeres, amistad y realización* (2005).

¹¹ Debemos aquí asentar nuestro desacuerdo con la traducción al español del título original en inglés de este libro. “(Here’s) all about love”, efectivamente, puede traducirse como “todo sobre el amor”, o “esto es todo lo que hay sobre el amor”, pero no nos parece la elección más acertada, puesto que daría la falsa idea de que el libro promete venir a explicar “todo lo que puede llegar a decirse sobre el amor” -lo cual no es así en este libro ni tampoco es posible que así sea en ningún libro pensable/escrutable-. Más bien, hubiéramos preferido que se tradujera “(it’s) all about love” como “todo es sobre el amor”, en el sentido de que “todo tiene que ver con el amor” -o con una falta de amor, claro-. Esta segunda opción no sólo se acerca más a la perspectiva general de Hooks, sino que tendría el beneficio adicional de atar su propuesta a la del mismísimo inventor de la psicología psicoanalítica. Pues el propio Sigmund Freud (1992) afirma que todas las dolencias humanas -tanto psíquicas como somáticas-, tienen su origen

año 2000, que es el que analizaremos ahora.

Hooks cuenta que cuando nació fue tratada “con cariño, con un profundo afecto”, y que esa primitiva experiencia de amor la hizo sentir que su “presencia era importante en este mundo”, otorgándole un “sentido de pertenencia” que luego sería clave a lo largo de su vida (Hooks 2021: 9). Para la autora, la cantidad y calidad de amor recibida en la edad temprana marca a cada persona por el resto de su existencia, habilitando u obstaculizando la apertura y la cerrazón al afecto que cada sujeto adulto tenderá a tener más adelante. Por ello, una de las formas más importantes del amor es la de aquel tipo particular que se otorga a los bebés y niños pequeños, sean o no familiares. Ahora bien, en el marco de sociedades individualistas, egoístas, hipercompetitivas y cada vez más mediatizadas en su lazo social, resulta indispensable “reivindicar un retorno al amor” que dé a todos los seres humanos, y especialmente a los más vulnerables, un “mensaje de confianza en la vida”. Frente al desarraigo, desamparo, alienación y aislamiento reinantes, Hooks escribe este libro con la “esperanza” de que las diversas formas del amor, que irá entretejiendo en sus páginas, “influyan en nuestras decisiones, refuercen nuestra idea de comunidad y nos mantengan unidos” a pesar de las dificultades existenciales y las crisis cíclicas. Partiendo de la premisa de que “el amor puede curar las heridas del pasado”, pero también las del presente, la meta de la autora es fomentar una “cultura del amor”. Una cultura del amor sería aquella que, recuperando el “significado metafísico del amor en la vida cotidiana”, nos ayude a pensar y a actuar en función de “nuevas y radicales formas del arte del amor” (p. 10-11; 15-17; 22-26).

Pero veamos qué entiende Hooks por el concepto de amor. En realidad, no entiende por ello una sola cosa o algo simple, sino que se trata de una categoría a la que nutre con una miríada de fuentes diversas aunque complementarias: la teología católica, su singular traducción por parte de la cultura afroamericana, la filosofía budista, la teoría crítica, el feminismo, y la psicología. A continuación, iremos abrevando en cada una de estas fuentes para desgranar la noción hooksiana del amor.

en un conflicto amoroso -esto es, libidinal, erótico, identificador-, ya sea con la madre, el padre, los hermanos, los pares, las parejas, las masas, los líderes, o la cultura en general. Esta intuición de que en todo problema puede rastrearse una carencia de amor está en el centro de otra autora contemporánea, Julia Kristeva (2016), quien en nuestra opinión comparte muchos puntos sustanciales con el pensamiento hooksiano. Por solo nombrar uno, ambas recuperan elementos religiosos para pensar el amor -aunque Kristeva se remonta principalmente a los cantos bíblicos judaicos o a la figura taoísta del *yin-yang*-.

Del filósofo existencialista y teólogo protestante Paul Tillich (1954), Hooks toma la idea de que “en el amor, la primera responsabilidad es escuchar” (Hooks 2021: 178). La escucha, a su vez, se vincula en esta tradición con el diálogo. Nuestra autora relata el pasaje, en las sociedades modernas, de la “comunidad familiar” a la familia nuclear, una unidad mucho más “autocrática y privatizada”. Según Hooks, este pasaje representa un retroceso cultural, pues en la antigua comunidad familiar ampliada, por el mero hecho de su mayor número de miembros, era más probable encontrar sujetos “capaces de dar amor” a los demás, y especialmente a los más pequeños, incluso como forma de contrarrestar la acción de aquellos otros miembros más desapegados o violentos. Sin embargo, Hooks no es *naïve*: incluso la familia extendida “solo puede convertirse en una comunidad si hay una comunicación sincera entre sus miembros” (p. 152-154). Y una comunicación sincera se define, precisamente, no sólo por la apertura para hablar, sino también por la dedicación a escuchar al otro.

Del teólogo católico Eric Butterworth (2011), Hooks retoma las nociones de la compasión y el perdón. “En una comunidad de sujetos que se aman, los lazos se mantienen y se fortalecen a través de la compasión y el perdón”. El perdón, específicamente, es

un acto de generosidad, que requiere que uno deje de lado sus sentimientos de humillación y de ira y que libere al otro de la prisión de la culpa y la angustia. Al perdonar, abrimos uno de los caminos que conducen al amor. Hacemos un gesto de respeto. El perdón genuino nos permite entender las acciones negativas del otro. (Hooks 2021: 160).

Este concepto de perdón, a veces llamado “tener indulgencia” o “ser indulgente”, es fundamental para construir relaciones amorosas de cualquier tipo, que son ese tipo de relaciones “que nos proporcionan más placer y que más funcionan sobre la base de la reciprocidad” (p. 156). En efecto, “es mucho más satisfactorio vivir tu vida en un círculo de afecto”, que en un círculo de resentimiento, recelo, culpa y desilusión, y estas últimas sólo pueden dejarse ir a partir de la comprensión de los actos del otro (p. 159).

Del teólogo y trabajador social Henri Nouwen (1996), Hooks recupera su tratamiento de la relación entre individuo y colectividad. Desde su perspectiva, el primer paso de todo vínculo es aprender a lidiar con uno mismo y su soledad. “Saber

estar solo es esencial si quieres aprender el arte del amor. Si sabemos estar solos, podemos estar con otros sin utilizarlos como vía de escape” (Hooks 2021: 161). Solo al perder al miedo a la soledad se puede ingresar en relaciones sin un sentido estratégico, utilizando al otro como mero medio para un fin egoísta. Pero luego viene un segundo paso. Como afirma nuestra autora, “en nuestra sociedad en general, se pone mucho énfasis en el individuo. [...] El amor propio, por grande que sea, no es suficiente: una vida sin conexión amorosa con los demás sería mucho menos satisfactoria”. Aunque el amor propio es un prerequisite para el amor a otro, sin amor a algún otro el amor propio es demasiado individualista. Además, como recuerda Hooks, cualquier tipo de “curación es un acto comunitario”. Por último, el tercer paso es no confundir el amor a otro con la obsesión. Así, es preciso distinguir entre la “codependencia” –que conlleva una “tendencia a la adicción” hacia otro-, y la “interdependencia sana” (p. 231-232).

Del teólogo de ascendencia aborigen Richard James Foster (2005), nuestra autora rescata la importancia de la “vida sencilla”. “La avaricia hace pasar a un segundo plano el amor y la compasión, mientras que una vida sencilla les proporciona espacio para expresarse. [De lo que se deduce la] importancia de compartir los recursos [en función de un] ideal de comunidad e interdependencia” (Hooks 2021: 148). Bajo el capitalismo de consumo, el individualismo y el egoísmo toman la forma de la codicia y la avaricia, que resultan opuestos a los afectos de la compasión y el compartir. Sin embargo, son estos últimos los que cimentan las relaciones amorosas. En este sentido, cabe distinguir entre el narcisismo sano -la autoaceptación y conciencia del propio valor, que es el fundamento del amor propio-, y su sustitución, en la sociedad actual, por “el narcisismo patológico -en el que solo cuento yo-, que justifica cualquier acción que permita satisfacer los deseos de uno”. Porque este último, de la mano de la codicia, anulan “la voluntad de sacrificarse por el otro, siempre presente cuando hay amor (p. 140).

El amor no es avaro sino que siempre presenta un componente de entrega.

Del teólogo y monje místico Thomas Merton (1997), Hooks recupera su idea de que “para vivir una existencia plena debemos deshacernos del miedo a la muerte, que solo puede ser superado por el amor a la vida” (Hooks 2021: 216). En sociedades como las nuestras, plagadas de *bullying* y discriminación, ganadores y perdedores,

comparaciones incapacitantes, pero también tecnologías destructivas, enfermedades y guerras sin fin, la muerte está siempre acechando, el dolor y el sufrimiento son cotidianos, y el miedo es crónico. Frente a esto, que es una situación estructural, sólo se puede sobrevivir emocionalmente cultivando el amor, el respeto y el cuidado de la vida. Porque como dice nuestra autora, “cuando amamos, el miedo desaparece”, nos animamos más y nos arriesgamos por causas valorables (p. 119). En este sentido, entonces, “el amor perfecto es el amor que redime”, que nos salva y protege más allá de las circunstancias adversas (p. 237).

En el sacerdote y activista pacifista mundialmente renombrado por su labor en defensa de los derechos civiles negros, Martin Luther King (1999), Hooks se inspira muy especialmente. Por un lado, toma su idea acerca del “mensaje unificador del amor que constituye el núcleo de todas las grandes tradiciones religiosas” (Hooks 2021: 99). Efectivamente, la tradición kinguiana dentro de la cultura afroamericana es la del diálogo interreligioso, es la de aquel paradigma que busca las afinidades y cercanías, más que las distancias y discrepancias, entre las diversas religiones, mostrando su núcleo común en alguna noción del amor. Con base en esa afinidad universal, entonces, la hermandad humana a través de las culturas aparece como una conclusión lógica. Así, nuestra autora hablará de una “fuerza vital -que algunos llaman alma- que, cuando se muestra, aumenta nuestra capacidad para [...] estar en sintonía con el mundo que nos rodea” (p. 38). Lo *soul* –“alma” en inglés- fue asociado desde tiempos remotos a la cultura negra en Estados Unidos -música *soul*, comida *soul*, etc.-, pero sin embargo aquí se presenta como una capacidad inherente a toda persona, y que es justamente la que conecta a cualquier individuo con cualquier otro.

Unido a esto, Hooks también retoma de la visión kinguiana la idea de que “haciendo algunas renunciaciones se contribuye al bienestar colectivo. La voluntad de hacer sacrificios refleja la conciencia de nuestra interdependencia con los demás [pues] la generosidad fortalece la comunidad” (p. 164). Dado que todos los seres humanos estamos conectados, debemos cuidarnos mutuamente, y, dado que algunos tenemos más que otros, los más beneficiados deben, a partir de renunciaciones más pequeñas o más grandes, ayudar a los más perjudicados por el sistema. La interdependencia conduce a la generosidad, base de cualquier comunidad; y si la escala de la interdependencia es la del conjunto de la humanidad, entonces es hacia el bienestar de todos los seres

humanos la meta hacia la cual debemos trabajar. En efecto, “todos los grandes movimientos sociales en defensa de la libertad y la justicia han promovido siempre una ética del amor. Aquellos que se preocupan por el bien colectivo [...] tratarán de cultivar y de defender” al amor (p. 124). La ética del amor, llevada hasta sus últimas consecuencias, sólo puede ser una ética humanista.

Del filósofo afroamericano Cornel West (2010), por su parte, Hooks recupera su noción de la autoestima y la idea del amor propio como base del amor a otros. “En un mundo ideal, cada uno de nosotros aprendería a amarse desde la infancia y crecería seguro de su propia valía, llevando amor a todas partes y consiguiendo que resplandeciera nuestra propia luz” (Hooks 2021: 93). Para nuestra autora, “quererse a uno mismo significa ofrecer a la parte más íntima de nuestro ser la oportunidad de recibir un amor incondicional” y, “si nos damos este precioso regalo, podremos dirigirnos a los demás desde una posición de realización, y no de necesidad”. Por ello, resulta preciso empezar por “darse uno el amor que a menudo sueña con recibir de los demás” (p. 92-93). Nuevamente aquí, el vínculo con los otros no puede ser un medio para llenar un vacío preexistente, sino algo valioso en sus propios términos, lo cual sólo puede suceder desde un punto de partida en el cual uno mismo ya es una entidad bella, completa, única, independientemente de cómo nos juzguen los demás.

Solamente “cuando somos capaces de vernos tal como realmente somos y nos aceptamos, estamos creando las premisas necesarias para amarnos a nosotros mismos”, para “crear la base de la confianza y el amor propio” y para “afirmar el propio valor” que la sociedad con su cultura dominante -racista, clasista, machista, centrada en la juventud, el éxito, etc.- se encarga todo el tiempo de dilapidar con el auxilio de los diferentes medios de comunicación masiva (p. 79; 81). Este discurso del amor propio lejos está de implicar una mirada ingenua sobre el sistema: por el contrario, se apoya en el concepto socialmente crítico de la autenticidad, por oposición a las distorsiones ideológicas y las falsas superficies. Como dice Hooks, solo “si se cultiva bien la autoestima, esta separación entre un falso yo, inventado para complacer a los demás, y un yo más auténtico deja de ser necesaria” (p. 86).

En paralelo a todo esto, del filósofo y monje budista, pacifista y ecologista Thích Nhat Hanh (2006), Hooks resalta sus nociones de compasión y simpatía basadas en el concepto ancestral de que el ser nunca es individual sino colectivo. La compasión, para

la cosmovisión budista, es aquella “capacidad de simpatizar con uno mismo y con todos los demás. [...] La compasión despierta en nosotros el poder sanador del servicio y entrega a nuestros semejantes. [Así,] cuanta más compasión sentimos, mejor entendemos cómo pasar del yo al nosotros” (Hooks 2021: 234). En contra del individualismo egoísta elevado a valor máximo por la sociedad neoliberal, no se trata de despojarse de toda atadura colectiva para entronizar al ego, sino por el contrario, de abrir la subjetividad hacia un sentido del “nosotros”: empatizar tanto con sus alegrías como con sus desgracias, concientizar que formamos parte de un destino común en este mundo. En este contexto, el servicio social es tanto una ayuda a los demás como un mejoramiento de nosotros mismos. Todo esto, sostenido en los preceptos del “amor como una fuerza espiritual que unifica y liga la vida”, en todas sus formas humanas y no humanas, es decir, en los “principios de interdependencia e interconexión entre los seres” animados e inanimados (p. 100; 103).

En la misma línea acerca de la interdependencia del ser, junto al escritor budista Jack Kornfield (1994) Hooks subraya “las dimensiones místicas [acerca] de que todos somos un solo ser, que el amor está en todas partes, [las cuales constituyen] una posibilidad de redención” de nuestros problemas individuales, sociales y naturales (Hooks 2021: 105). De nuevo, el cimiento teórico es la afirmación de una “voluntad de unión y conexión” inherente a la especie humana (p. 208). Por su parte, de la escritora budista Sharon Salzberg (1997), Hooks retoma su visión acerca del compartir y la generosidad. “El cultivo de la generosidad [...] fortalece los lazos sentimentales”, de tal modo que “el verdadero amor [es aquel en que] el intercambio mutuo se convierte en un ritual diario” (Hooks 2021: 186). Hay amor allí donde no se espera -solamente- recibir, sino que se está dispuesto a dar de manera cotidiana. El amor se basa en un tipo de intercambio que no sigue una lógica económica de maximización de beneficios, sino una lógica de la generosidad. En efecto, “el compartir con generosidad todos los recursos es una forma de expresar amor. Los recursos pueden ser de varios tipos: tiempo, atención, habilidades, dinero, etc.”. Y es exclusivamente esta “capacidad de dar” la que “nos pone en comunión con los demás” (p. 184-185). El amor no es un contrato o una asociación, sino un estado de comunión.

El amor según Hooks, parte II

Más allá de las influencias en el pensamiento de Hooks de diversas tradiciones filosófico-religiosas, éste también se nutrió de la fuente diversas disciplinas científico-sociales y humanas. Del renombrado psicoanalista Carl Gustav Jung (1955), nuestra autora se aferró a su noción de que “para conocer y preservar el verdadero amor debemos estar dispuestos a renunciar a la voluntad de poder” (Hooks 2021: 206). En una cruzada contra la defensa de la “religión de los fuertes” de Friedrich Nietzsche (1972), la mirada junguiana afirma que la voluntad de poder y la voluntad de amor son radicalmente opuestas. Porque la voluntad de amor conlleva la actitud de “entregarse por completo [lo cual implica una] inversión emocional significativa” muy distinta a la búsqueda de la adquisición y la ganancia (Hooks 2021: 16). Así, según nuestra pensadora, “los fundamentos del amor son el afecto y la confirmación, exactamente lo contrario del abuso y la humillación” que siempre trae aparejada la voluntad de poder sobre otros (p. 47).

En la misma línea de lo anterior, del psicólogo John Welwood (1996), Hooks retoma su serie de oposiciones entre la codicia y el esfuerzo, entre la máscara y el diálogo.

Incluso en la búsqueda del amor entra en juego el mismo mecanismo de la codicia [...] pero es raro que el amor auténtico sea un espacio emocional en el que las necesidades se satisfagan al instante. Para conocer el amor auténtico debemos invertir tiempo y esfuerzo. [Muchos individuos están] inclinados a ver el amor como algo que no debe implicar ningún compromiso de su parte, [pero por el contrario] el amor invita a la gente a entrar en un lugar de felicidad potencial, pero que es al mismo tiempo un lugar de despertar crítico (Hooks 2021: 137).

Buscar el amor esperando solamente tomar, ganar, adquirir poder, es tanto un autoengaño como un engaño al otro: eso no es amor. Claro que el amor trae recompensas y alegrías, pero sólo mediante la inversión de tiempo y esfuerzo y a partir de una actitud de entrega y paciencia.

Pero además, el amor es felicidad potencial en tanto implica una crítica constante de la propia acción y de la relación conjunta. Desde la perspectiva welwoodiana, “la esencia vital del verdadero amor es la voluntad de reflexionar sobre los propios actos. [Y] en la base de un diálogo profundo siempre hay [que] mostrarse

sin máscaras” (p. 205). Volver reflexivamente sobre qué tan abiertos y dadivosos estamos siendo -o no- es una de las claves para aumentar la cantidad de momentos de alegría y recompensa en la relación amorosa. Y no se trata de una reflexión exclusivamente individual, sino que también requiere de una reflexión colectiva, entre los distintos miembros de la relación, reflexión colectiva que sólo puede desplegarse mediante la comunicación auténtica entre ellos. Ese diálogo, finalmente, requiere también una reflexión sobre las palabras mismas que utilizamos para llegar al otro. Como afirma Hooks, “es poco probable que nuestra actitud sentimental cambie al menos que cambiemos nuestro lenguaje” (p. 197).

Hooks se apoya abundantemente en las ideas del psiquiatra Morgan Scott Peck (1978), quien, según ella, brinda la definición del amor de pareja más adecuada. La teoría peckiana distingue con claridad entre amor y “*catexis*”. Sentirse “atraído por alguien”, que ese alguien nos genere “sentimientos y emociones” y se vuelva para nosotros una “persona importante”, son las características de un típico proceso de *catexis*. El problema es que “muchos de nosotros confundimos la *catexis* con el amor”. Sentir *catexis* por alguien no es aún amarlo o amarla. Por ejemplo, si hay “conexión catéctica” a la vez que “descuido” de la otra persona, o incluso se la está “hiriendo” de algún modo más o menos crónico, entonces no hay amor. Es que la definición peckiana del amor se vincula necesariamente a la noción de “crecimiento espiritual”.

Si por amor entendemos el deseo de fomentar nuestro propio crecimiento espiritual y el de nuestra pareja, queda claro que si la ofendemos y maltratamos, no podemos pretender amarla: el amor y el maltrato no pueden coexistir. El abuso y el abandono son, por definición, lo contrario de la atención y el cuidado (Hooks 2021: 31-32).

Para que haya amor, además de conexión catéctica debe haber atención y cuidado del otro, con el objetivo de ayudar a ese otro a estar lo mejor posible, en los diferentes aspectos vitales que para esa persona sean relevantes. En el camino, esa ayuda del otro también será una vía para estar mejor uno mismo. Una pareja amorosa sólo es tal en sentido estricto si ambos se cuidan y atienden a la vez, y ambos crecen a la vez. Y al revés: si al menos de uno de los dos lados hay, en cambio, abandono o abuso, entonces no se puede hablar de amor propiamente dicho -aunque haya *catexis*-

Por último, de la psiquiatra Elisabeth Kübler-Ross (2003), Hooks recupera sus nociones del don y el cuidado. “Sernos útiles los unos a los otros, esta es otra dimensión del amor. [Se trata del] valor de dar sin esperar nada a cambio. [El modelo de acción es el de aquellas personas que] se dedican a los demás por elección, su cuidado de los demás el resultado de una decisión libre” (Hooks 2021: 163). Tomando el ejemplo paradigmático de todos los abocados al trabajo social -históricamente, una actividad realizada por mujeres-, es el cuidado del otro que no espera recompensa el modelo de las relaciones amorosas. Esta actitud se puede plasmar de distintas formas. “Para algunas personas, los servicios comunitarios son una práctica espiritual que expresa su amor a los demás”. “Algunos encuentran una íntima conexión espiritual en una existencia en comunión con el mundo natural y el compromiso ecológico” (p. 107). Pero en todos los casos, “la elección de amar es una inclinación hacia la conexión, es la elección de salir al encuentro del otro” (p. 119).

El hecho histórico de que las tareas de cuidado fueron casi siempre realizadas por mujeres está en conexión íntima con una mirada feminista sobre las formas del amor. Precisamente por ello, en la dramaturga feminista Susan Miller (1998), Hooks se inspira para pensar otra de las posibles relaciones amorosas: la amistad. “Si no recibes amor en la familia extendida en la que naciste [...] es la amistad la que ofrece la oportunidad -especialmente a los niños- de crear una comunidad y aprender qué es el amor” (Hooks 2021: 154). Efectivamente, desde la infancia hasta la adultez, “otra fuente de crecimiento espiritual es la comunión y la amistad con almas similares a la nuestra” (p. 104). La afinidad en gustos y actividades, pasar tiempo de calidad y divertirse juntos, es otra de las fuentes del amor. Porque, al igual que en las formas del amor mencionadas más arriba, también en la amistad se trata de una “relación en la que aprendes a procesar los problemas y a tratar las diferencias y conflictos, manteniendo siempre una conexión íntima con el otro [y creando así una] comunidad rica en afecto” (p. 155). El conflicto, la diferencia, la tensión, no son ajenas a la intimidad, la cercanía y el afecto, sino parte inherente de las relaciones amorosas. Lo importante es que, si hay amor, son los últimos elementos los que prevalecen, en última instancia, sobre los primeros.

Aún otra forma del amor se relaciona con los entornos de la vivienda y el trabajo. De la periodista feminista Susan Lydon (2004), Hooks toma ideas para la

primera de esas dos cuestiones. Según ella, es posible “descubrir la devoción mediante el acto de crear felicidad en el plano doméstico, [de crear] un ambiente de dicha y serenidad en el hogar. [...] Cuando hacemos un esfuerzo consciente para que nuestro hogar sea acogedor, para que sea un lugar en el que estemos dispuestos a dar y recibir amor, cada objeto que ponemos en él contribuye a nuestro bienestar [dando forma a] una especie de refugio” en el que damos lugar solamente a los objetos que nos agradan y nos hacen sentir bien (Hooks 2021: 91). El hogar puede ser un refugio para el amor si disponemos los objetos y los espacios para que las personas que por él circulan de tal modo que se incentive por todos los sentidos una lógica de la dádiva y la recepción. A esto, nuestra autora agrega que también el lugar de trabajo puede llegar a ser un lugar de amor. Así, señala la necesidad, y la posibilidad efectiva, de “trabajar en un ambiente que también me proporcionara afecto, [...] marcado por una ética del amor, [...] en el que circula el afecto” (p. 89). Aunque en el trabajo siempre hay fuentes de estrés, competencia, rutina, jerarquía, etc., también allí se puede ir en búsqueda de lazos más apacibles, solidarios, creativos, horizontales.

En todas las formas del amor, en el fondo, se trata de modos de combatir la inevitabilidad de la muerte y la desesperación que trae aparejada. Hooks retrocede hasta los sonetos de la poeta feminista y antiesclavista Elizabeth Barrett Browning (2015), en los que halla la idea de que “el amor es la única fuerza que nos permite seguir unidos a otra persona incluso más allá de la muerte [de lo cual se deduce la] importancia de la memoria” (Hooks 2021: 222). Cuando alguien que amamos muere, está claro que se pierden muchos de los elementos que hacían posible esa relación -los elementos materiales, corporales-, y sin embargo el amor puede y suele persistir, de la mano por ejemplo de los recuerdos. Por eso, sostiene nuestra autora, “la experiencia del amor o la esperanza de llegar a conocerlo es el ancla que nos amarra a la vida y nos impide ir a la deriva en un mar de desesperación” (p. 104).

Finalmente, de la mano del periodista feminista John Stoltenberg (1994), Hooks vuelve a la oposición entre amor y poder. Desde la radical mirada stoltenberguiana, las personas “solo pueden volver al amor repudiando la voluntad de poder” (Hooks 2021: 67). Con esto, nuestra autora arriba a una definición sistemática y positiva del amor. “Para amar de verdad tenemos que aprender a combinar varios elementos: cuidado, afecto, reconocimiento, respeto, compromiso y confianza, amén de una comunicación

clara y sincera” (p. 31). De lo que podemos concluir cuáles son, por el contrario, los elementos que impiden el amor: el abandono, la indiferencia, el ninguneo, la violencia, el abuso, la humillación, el engaño. En definitiva, “que el otro siempre quiere nuestro bien, es la premisa indispensable del amor”, y esto tiene que poder sentirlo cada una de las partes involucradas (p. 72).

A decir verdad, hay otro psicólogo del que Hooks se sirve mucho en su libro, pero se trata adicionalmente de una de las figuras asociadas a la escuela de teoría crítica frankfurtiana. En efecto, del renombrado Erich Fromm (2007), nuestra autora recupera sus ideas del amor como acción y como distinto al dominio. Desde la perspectiva frommiana, “convendría empezar a considerar el amor como una acción más que como un sentimiento, puesto que de este modo asumiríamos automáticamente una parte de responsabilidad por ello” (Hooks, 2021: 38). No veríamos al amor y al desamor como algo que nos sucede, sino como algo que hacemos o dejamos de hacer, de modos que alegran o lastiman al otro y a uno mismo, y por lo cual entonces asumimos compromisos y culpabilidades. Porque “el amor, ya vaya dirigido a uno mismo o a los demás, es una acción, que no puede existir sin participación” (p. 186). No somos víctimas ni observadores pasivos del amor propio y ajeno, sino miembros activos, por acción o por omisión, de relaciones más o menos amorosas.

Esto por un lado. Por otro, la mirada frommiana es clara respecto a que el amor puede dar el pie para cierto “renacimiento de la vida espiritual, criticando el capitalismo, el materialismo y la violencia” (p. 101). En efecto, solo podemos encontrar amor, en sentido auténtico, “si nos liberamos de la obsesión por el poder y el dominio sobre los demás. Todas las esferas de la vida [...] deberían basarse en una ética del amor” (p. 113). En el trabajo, en el hogar, dentro de un país y en el concierto internacional, en el barrio, en los círculos íntimos, en la familia y en la pareja, o bien hay búsqueda de dominio, o bien hay ética del amor. Mientras la primera presenta afinidades claras con el capitalismo, su explotación de la naturaleza y las personas, la segunda representa cierto freno a sus obsesiones.

Aunque, de los autores asociados a la Escuela de Frankfurt, Hooks solo referencia explícitamente a Fromm, en la lectura de su libro encontramos muchos elementos notablemente cercanos a las posturas de otros de ellos, como Marcuse y

Honneth, y también elementos cercanos a la mirada de cultores de otras variantes de teoría crítica, como Bauman. Es nuestra hipótesis final, entonces, que la propuesta sobre la ética del amor de Bell Hooks puede considerarse una adición a la tradición crítica, coherente con muchos de sus postulados originales. Veamos en qué sentidos.

Hooks afirma cosas parecidas al filósofo crítico Herbert Marcuse (1985), cuando dice que el

amor es como una fuerza activa que debe permitirnos establecer una comunión más profunda con el mundo. [...] El amor no es simplemente un medio para lograr una mayor satisfacción individual, sino que es ensalzado como una herramienta primaria para acabar con la dominación y la opresión. [Se trata de una] politización del amor (Hooks 2021: 102).

Así como la postura marcusiana es la de la politización de *eros* como potencia subversiva de las fuerzas sociales dominantes, factor de re-unión entre las personas y entre ellas y el mundo, también para nuestra autora el amor es fuente de crítica social y de comunión con el universo. Así, se ocupa de remarcar la “posición del amor en cualquier movimiento de justicia social [visto que] todos los grandes movimientos de justicia social han hecho hincapié en la ética del amor [y en el] amor como motor de transformación” individual y colectiva (p. 16). En definitiva, para cualquier postura crítico-social “no puede haber amor sin justicia” para los grupos y los pueblos (p. 45).

Hooks también hace afirmaciones cercanas al filósofo crítico Axel Honneth (2012), cuando habla de su concepto de reconocimiento. En un tono afín al honnethiano, nuestra autora dice que “la esencia del verdadero amor es el reconocimiento mutuo” (Hooks 2021: 203). Así como Honneth postulaba la necesidad inherente y universal de todo ser humano de verse y sentirse reconocido en la mirada del otro, y de sentirse respetado en su similitud y en su diferencia, también Hooks señala, en la primera página del libro, que el amor se define como un momento de “reconocimiento en el que podemos estar frente a frente como realmente somos, despojados de todo artificio y falsedad, desnudos y sin vergüenza” (p. 5). La consecuencia de esto para el amor específicamente de pareja es que “la intimidad solo puede surgir de la confianza”, que a su vez solo puede surgir del reconocimiento mutuo (p. 67). Aunque Honneth se enfoca sobre todo en las luchas colectivas por el reconocimiento, mientras que Hooks lo hace sobre todo en la búsqueda personal del

mismo, ambos vinculan reconocimiento y amor -además del derecho (Honneth) o el arte (Hooks)-¹².

Por último, Hooks realiza afirmaciones semejantes al sociólogo crítico Zygmunt Bauman (2003) respecto de la importancia que otorga este último a una noción de comunidad en la que quepan no sólo las personas afines o parecidas a uno, sino también, sin exclusiones, discriminaciones ni violencias, los diferentes. “Una comunidad en la que circula el amor también crea una mayor apertura al mundo exterior y permite acercarse a los extraños sin temor y extender su disponibilidad a ellos”. Así, la meta de nuestra autora es “construir una comunidad capaz de acoger también a los extraños. [Lo que solo puede lograrse al] transformar cada lugar en un espacio de retorno al amor” (Hooks 2021: 164-166). El amor también es la acogida del extraño y la convivencia con el extranjero.

Conclusiones

Retomando lo antevisto con el fin de sistematizarlo, podemos decir en primer lugar que uno de los aportes basales de la perspectiva de Hooks es su bosquejo de una cultura del amor que es también una ética del amor y un arte de amar. Ellos se llenan de contenido variado a partir de ciertas formas radicales del amor: el amor familiar, el amor comunitario, el amor como amistad, el amor romántico, el amor social, el amor a la naturaleza, el amor en el trabajo. Y todas estas formas radicales presentan unas características que son las siguientes.

Por un lado, se basan en la escucha, el diálogo y la comunicación, que son los cimientos para la compasión, la comprensión, el perdón y la indulgencia. Así, la autorreflexión y la reflexión colectiva entre los miembros de la relación amorosa en un diálogo sin máscaras, sumadas a una reflexión sobre el lenguaje amoroso mismo, pueden llevar a las necesarias intimidad, confianza, despojo y desnudez para alcanzar el amor entendido como reconocimiento y aceptación mutuos. Aún más, pueden

¹² Quizás en este sentido sea aún más ajustado poner en relación la perspectiva de Hooks con la de otro autor, Paul Ricoeur (2006), sobre los “caminos del reconocimiento”. En la perspectiva hermenéutica y narrativista de este pensador, sí resulta más prístina una noción de reconocimiento entendido como proceso de identificación, tanto con un otro como, por su intermediación, respecto de sí mismo -porque reconocimiento es “re-conocimiento”, un volver a conocer, a ver, a entender, lo que se había olvidado, negado-: una identificación que aunque se va transformando, puede desplegarse a lo largo del tiempo, precisamente en la forma de un camino que se va construyendo -pues se vincula a la memoria compartida así como a las promesas mutuas-, y que se define como lo distinto a la “disimetría” -pues se asocia a ciertos sentimientos pacíficos-. Agradezco a un evaluador anónimo del artículo el haberme señalado esta conexión teórica.

conducir tanto al amor al que es parecido a nosotros como al amor al que es distinto, construyendo comunidades abiertas a extraños asentadas en el amor a la diferencia.

Justamente, una idea de amor universal facilita arribar al diálogo intercultural y a una ética humanista sostenidas en la generosidad y la renuncia como medios para el bienestar colectivo y la justicia social. El amor entendido como fuerza transformadora individual y colectiva explica el lugar central del amor en los movimientos sociales progresistas. Dado que el ser es colectivo y que el verdadero sujeto no es el yo sino el nosotros, dada la interdependencia entre todos los seres que estimula la simpatía y la empatía entre las personas, cobra todo su sentido no solo el servicio social y el ideal de una vida sencilla sino incluso una ética del amor como forma de oposición a la lógica de dominio capitalista mediante la socialización de los recursos posibilitada por los valores de la entrega y el sacrificio. La voluntad de amor es la antítesis de la voluntad de poder: se trata de la dicotomía entre dar o tomar, entre la inversión emocional o la codicia, entre el afecto o el abuso, entre la confirmación o la humillación propia y ajena.

Indispensable es toda una serie de distinciones conceptuales. El amor propio y el narcisismo sano es distinto al amor egoísta y al narcisismo patológico. El amor es más que *catexis*: la *catexis* es la mera atracción hacia otro, pero el amor es *catexis* más cuidado, atención, ayuda; si hay descuido o violencia no hay amor, porque amar es fomentar el crecimiento propio y ajeno a la vez. El amor no debe pensarse como un sentimiento, pues esto lleva a la victimización, sino como una acción, lo cual conduce a tomar responsabilidades. No es que en el amor no haya problemas: lo importante es que la diferencia y el conflicto sean resueltos desde el afecto. Cuando hay amor ni la muerte le pone fin: el amor es un ancla a la vida, es una defensa contra la desesperación.

Con todos estos elementos, el amor puede ser una cura y una vía de redención. Sus rasgos principales son el respeto, el cuidado, el compromiso y la confianza, porque amor es en última instancia amor a la vida. La reciprocidad genera un círculo de afecto que es el origen de uno de los mayores sentimientos de placer. Es un salir al encuentro del otro parados en las actitudes del don y la dedicación.

Por todo esto es que una ética del amor se lleva de maravillas con una estética oposicional. A partir de una descolonización de la imaginación dominante y una

revolución de los regímenes visuales hegemónicos se puede intervenir críticamente en el mundo. El arte puede transgredir límites y expandir clausuras, desfamiliarizándonos respecto de las imágenes socialmente impuestas. El arte puede ser un medio de revuelta al desafiar estereotipos, provocar e interrogar presentando imágenes contrahegemónicas, resistencias visuales, estándares de evaluación oposicionales, e identidades radicales. En este sentido, la belleza puede ser un concepto subversivo si se lo concibe como aura, es decir, como fuerza vital sustentadora de formas de vida alternativas.

Un arte público y colectivo puede ser el espacio de nuevas solidaridades, pero también un espacio de libertad a partir de su inherente espíritu de juego. En este contexto, las imágenes pueden ser mapas de viajes: al soñar e imaginar, las obras de arte pueden tocarnos, movernos, transportarnos hacia lugares novedosos, llevarnos a repensar lo que nos rodea y a mirarlo de otro modo. Una estética oposicional genera esperanza gracias a su poder transformador alojado en su capacidad creativa, que es la que posibilita sus actos de trascendencia. Tiene el poder de unir lo separado y de devolver lo que se ha quitado: el arte cura heridas y rescata, es una vía de recuperación y redención. Pero esto, claro, si logramos movernos en espacios cuidados, construidos y decorados en función de una noción de belleza no materialista y una noción de abundancia no consumista, hechos de objetos hermosos aunque artesanales, que entre nosotros nos regalemos, donemos e intercambiamos.

Bibliografía

- Adorno, T. W. 2004. *Teoría estética*. Madrid, Akal.
- Ahmed, T. 2018. "All about love: how would Bell Hooks teach fashion design?". Storni, C., Leahy, K., McMahon, M., Lloyd, P. and Bohemia, E. (eds.). *Design as a catalyst for change - DRS International Conference*. Limerick, Ireland.
- Barrett Browning, E. 2015. *The collected poems*. Hertfordshire, Wordsworth.
- Bauman, Z. 2003. *Amor líquido*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. 2003. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México, Ítaca.
- Biana, H. T. 2021. "Love as an act of resistance: Bell Hooks on love". Hongladarom S., Joaquin J.J. (eds). *Love and Friendship Across Cultures*. Singapur, Springer.

- Butterworth, E. 2011. *Life is for loving*. Nueva York, Harper Collins.
- Edelstein, M. 2009. "Love, politics and ethics in the postmodern feminist work of Bell Hooks and Julia Kristeva". M. G. Davidson y G. Yancy (eds.). *Critical Perspectives on Bell Hooks*. Londres, Routledge.
- Farris, P. 1996. "Book review of Art on my mind by Bell Hooks". *Art Journal*, 55 (3): 91-94.
- Ferrarese, E. 2012. "Bell Hooks and the political: struggle, suffering and love". *Cahiers du Genre*, 52 (1): 219-240.
- Foster, R. J. 2005. *Freedom of simplicity*. Nueva York, Harper Collins.
- Freire Monteiro dos Santos Marinho, A. V. 2020. "Amor e resistencia: Bell Hooks e a escrita do amor". *Cadernos CRSG*, 2 (1): 64-76.
- Freud, S. 1992. *Obras completas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Fromm, E. 2007. *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*. Barcelona, Paidós.
- Fromm, E. (2007), *El arte de amar*, Paidós Buenos Aires.
- Glass, K. 2009. "Love matters: Bell Hook son political resistance and change". M. G. Davidson y G. Yancy (eds.). *Critical Perspectives on Bell Hooks*. Londres, Routledge.
- Hanh, T. N. 2006. *True love: a practice for awakening the heart*. Boulder, Shambhala.
- Honneth, A. 2012. *The I in We: Studies in the Theory of Recognition*. Londres, Polity.
- Hooks, B. 1992. *Black Looks: Race and Representation*. Londres, Routledge.
- Hooks, B. 1994. *Outlaw Culture: Resisting Representations*. Londres, Routledge.
- Hooks, B. 1995. *Art on my mind. Visual politics*. Nueva York, The New Press.
- Hooks, B. 1996a. *Reel to Real: Race, Sex, and Class at the Movies*. Londres, Routledge.
- Hooks, B. 1996b. *Bone Black: Memories of Girlhood*. Nueva York, Henry Holt.
- Hooks, B. 2000. *Justice: Childhood Love Lessons*. Nueva York, Harper Collins.
- Hooks, B. 2001. *Salvation: Black People and Love*. Nueva York, William Morrow.
- Hooks, B. 2002a. *Communion: The Female Search for Love*. Nueva York, William Morrow.
- Hooks, B. 2002b. *Homemade Love*. Nueva York, Jump At The Sun.
- Hooks, B. 2003. *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love*. Nueva York, Washington Square.
- Hooks, B. 2004. *Skin Again*. Nueva York, Little Brown Books For Young Readers.

- Hooks, B. 2012. *Appalachian elegy: poetry and place*. Kentucky, University of Kentucky.
- Hooks, B. 2021. *Todo sobre el amor. Nuevas perspectivas*. Barcelona, Paidós.
- Johnson, S. 1995. "Book review of *Art on my mind* by Bell Hooks". *The Black Scholar*, 25 (4): 77-80.
- Jung, C. G. 1955. *Modern man in search of a soul*. San Diego, Harcourt Brace.
- King, M. L. 1999. *La fuerza de amar*. Madrid, Acción Cultural.
- Kornfield, J. 1994. *A path with heart*. Boulder, Shambhala.
- Kristeva, J. 2016. *El amor como una de las bellas artes*. Buenos Aires, Interzona.
- Kübler-Ross, E. 2003. *La rueda de la vida*. Barcelona, Millenium.
- Lydon, S. 2004. *The knitting sutra. Craft as a spiritual practice*. Nueva York, Clarkson Potter.
- Marcuse, H. 1978. *The aesthetic dimension. Toward a critique of marxist aesthetics*. Boston, Beacon.
- Marcuse, H. 1985. *Eros y civilización. Un estudio filosófico de Freud*. Madrid, Sarpe.
- Merton, T. 1997. *Love and living*. Kent, Commonwealth.
- Mignolo, W. 2003. *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, Colonization*. Michigan, University of Michigan.
- Miller, S. J. 1998. *Never let me down: a memoir*. Nueva York, Henry Holt.
- Monahan, M. J. 2011. "Emancipatory affect: Bell Hook son love and liberation". *CRLJ Journal*, 17 (1): 102-111.
- Nietzsche, F. 1972. *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza.
- Nouwen, H. 1996. *The inner voice of love*. Nueva York, Doubleday.
- Peck, M. S. 1978. *The road less traveled*. Nueva York, Simon & Schuster.
- Petry Trapp, R. y Silva dos Santos, P. 2021. "Arte rupestre e educacao etnicoracial: Uma experiencia pedagógica com base em Bell Hooks no curso de pedagogía da Uneb". *Inter-Acao*, 46 (3): 1444-1459.
- Ricoeur, P. 2006. *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Ross, S. 2014. "Thinking about love, justice and education through African American literature and womanist studies: Toni Morrison, Alice Walker and Bell Hooks". Curriculum, Foundations, & Reading Faculty Presentations. Presentation 370, Filadelfia, Georgia Southwestern University.

- Salzberg, S. 1997. *A heart as wide as the world*. Boulder, Shambhala.
- Sanches, J. C. 2021. "Olhares negros, olhares opositores: Bell Hooks e o amor a negritude". *Periódicus*, 14 (2): 292-295.
- Silva Zacarias, L. 2021. *Amefricanizando o amor: Diálogos entre Bell Hooks e Lélia Gonzalez*. Brasília, Universidade de Brasília.
- Simmel, G. 1950. *Rembrandt. Ensayo de filosofía del arte*. Buenos Aires, Nova.
- Simmel, G. 2007. *Roma, Florencia, Venecia*. Barcelona, Gedisa.
- Stoltenberg, J. 1994. *The end of manhood*. Nueva York, Plume.
- Tillich, P. 1954. *Love, power and justice. Ontological analyses and ethical applications*. Oxford, Oxford University.
- Vishnu, A. V. 2016. *Paradigms of feminist teaching and love in select non-fiction in Bell Hooks*. Hyderabad, The English and Foreign Languages University.
- Welwood, J. 1996. *Love and awakening*. Nueva York, Harper Collins.
- West, C. 2010. *Living and loving out-loud: a memoir paperback*. Carlsbad, Hay House.
- Winchester, J. 2000. "Understanding aesthetic judgments across cultural borders: Bell Hooks, Kant and Cornel West and the understanding of aesthetic judgments of others". *The Southern Journal of Philosophy*, 38: 499-525.
- Wright Mills, C. 1961. *La imaginación sociológica*. México, Fondo de Cultura Económica.